

llevaban poco tiempo de practicados; lo que me ha hecho suponer que fueron mal ejecutados, y no adquirieron, desde su principio, la claridad que es común en ellos. Por otra parte, como la gente en que he hecho este estudio es tan ignorante y de tan mala fe, no ha podido contestar á mis preguntas, ni me han merecido crédito las noticias que me ha suministrado.



CAPITULO XV

Experiencias para hacer desaparecer el tatuage por el procedimiento de Variot y otros procedimientos.

SE nos acusará, como á Variot, de inhumanos, por haber producido en algunos penitenciados ligeras inflamaciones y elevaciones de temperatura, pues que, al decir de los falsos altruistas, tales dolores no debieran producirse en el hombre ni aun con el carácter de experimento científico, por no tener derecho á obrar sobre el cuerpo de que él sólo es dueño?

¿Se nos tachará de complicidad con el delincuente, por tratar de hacer desaparecer del dominio de la identificación, las señales indelebles con que más tarde pudiera reconocerse al reo que hubiera alcanzado su libertad por medio de la fuga?

¿Se nos dirá, por último, que tal operación es inútil, porque no tiene ningún valor científico, ni obedece á ningún principio de moral?

Contestando á los amantes del misoneísmo, á los de filantrópicos sentimientos, á los que creen que se dañan con esta operación las pesquisas de la justicia; y á los moralistas que juzgan inconducentes tales procedimientos, diremos: que, como el médico de la enfermería central de las prisiones de París, nunca procedimos al *destatuage* sin conseguir anticipadamente el pleno consentimiento del reo y sin manifestarle la clase de operación que íbamos á ejecutar, así como los pequeños accidentes á que estaba expuesto; que, conquistada su voluntad, procedimos, sabiendo que tales marcas

avergüenzan y mortifican á los delincuentes, motivos por los cuales las ocultan; que, como el tatuage los inhabilita para entrar en comercio con las gentes honradas, pues es de pública notoriedad su mala procedencia, se prestan gustosos, los que tal cosa comprenden, á ser despojados de su estigma, del que se creían portadores por todo el resto de su vida.

Como lo dice la autorizada voz del eminente Dr. Bertillón, que declaró en una carta reproducida por un gran número de diarios, con motivo de una acusación que se hizo en contra del Dr. Variot, por haber ensayado su procedimiento en presidiarios tatuados: «*los tatuages no son más que signos de identificación accesorios, á los cuales se puede dar poca importancia, porque la cicatriz que deja su destrucción, es un signo que podrá probar tanto como el mismo tatuage.*» En efecto, todo procedimiento de destrucción de un tatuage, deja como consecuencia, una cicatriz más ó menos extensa en el lugar que ocupó la figura; esta cicatriz es informe, ó bien reproduce el dibujo que la operación ha hecho desaparecer, cuando aquella se ha limitado solamente á los puntos tatuados; así es el caso que acabo de presenciar en un loco, que tenía en la cara externa del brazo derecho las cicatrices muy regulares que habían dejado cauterizaciones, hechas acaso con ácido sulfúrico; dichas cicatrices consistían en pequeños círculos, como de tres milímetros de diámetro, blancos (el loco era de raza blanca), un poco hundidos, y que dejaban adivinar que había existido en ese lugar una flor con su tallo y dos hojas, todo grabado por medio del tatuage. Otro caso se refiere á uno de mis operados, á quien borré una cruz, y quedó una cicatriz roja que recordaba perfectamente la figura borrada, tanto más cuanto que la cicatriz tenía bordes muy salientes.

En cuanto al valor científico que se niega al asunto de que tratamos, diremos que, las ciencias como las artes, sólo han adelantado merced á las múltiples observaciones y repetidas experimentaciones que el hombre ha puesto en práctica, para conseguir el perfeccionamiento humano; y que hoy, precisamente, su valor estriba en la imposibilidad en que está la ciencia para hacer desaparecer las huellas de un signo de identificación, que la medicina legal aprovecha en su favor, y que más tarde, prosiguiendo por el mismo camino, quizá no pueda utilizar, si llega á perfeccionarse el procedimiento de destrucción de un tatuage, sin dejar huellas que denuncien su existencia.

En cuanto á lo último, nada podemos decir, porque la moral de los pueblos cambia con su civilización, por más que se diga lo contrario.

Entremos, pues, en la historia de nuestras observaciones, por el empleo del procedimiento de Variot¹ y el de los ordinarios ó vulgares, como son aquellos en que se usa el jugo lechoso de higo verde y la leche de mujer.

Julio 8 de 1897, á las 11 hs. 20 ms. A. M.—A la hora indicada procedí á borrar el tatuage de Evaristo Santiago, núm. 7, reo de robo, conforme al procedimiento de Variot y siguiendo sus indicaciones.

A los pocos momentos de haber pasado el lápiz de nitrato de plata, aparecieron los puntos negros y se levantó la piel en forma de papulas, en cuyos vértices estaban los puntos negros indicados.

El paciente manifestó dolor en el momento de la operación, dolor que se acentuó más un poco después. En este estado, hice la curación, poniendo un algodón y una venda, con el objeto de que no se infectaran los piquetes.

Día 9.—Levantada la curación, se vió que la piel que había sido cauterizada estaba levantada como en un vejigatorio, y que abajo de ella había un pus líquido; el resto de la piel por donde había pasado el cáustico, estaba arrugada. Los piquetes estaban negros con una auréola pequeña, blanca; pero estos piquetes ó puntos negros no estaban levantados como el primer día. El dolor persistió hasta el momento de la segunda curación.

Día 10.—La superficie cauterizada, cuya epidermis se levantó, presenta el mismo aspecto. Hay poco dolor, y comienza la cicatrización.

I PROCEDIMIENTO DE VARIOT.—Se vierte sobre la piel tatuada una solución concentrada de tanino; después, con el auxilio de un juego de agujas, como las que fabrican los tatuadores, se hacen picaduras cerradas sobre toda la superficie de la piel que se quiere descolorar, introduciéndose así en la parte superficial de la dermis cutánea cierta cantidad de tanino.

Se pasa después, frotando fuertemente, sobre todas las partes picadas, un lápiz de nitrato de plata ordinario. Se deja, durante algunos instantes, la solución concentrada de sal de plata, obrar sobre la epidermis y la dermis, hasta que se vean desprenderse las picaduras en negro. Se enjuga en seguida la solución cáustica, dejando la superficie tatuada de un color negro por la formación de tanato de plata, que se ha producido en las capas superficiales de la piel.

Pídase el consentimiento del tatuado.

Día 13.—El aspecto de la dermis desnuda es el de un tejido rojo, sin inflamación. Los puntos cauterizados tratan de separarse del resto de los tejidos,

Día 16.—Los piquetes ó puntos cauterizados que formaron pequeñas escaras, han caído en su mayor parte, y han dejado pequeños huecos que tienden á llenarse y á dejar intacta la piel, que está ligeramente rosada y dolorosa aún.

Día 19.—Los huecos producidos por la caída de las pequeñas escaras tienden, unos, á llenarse, y á cerrarse, otros; la piel va tomando su coloración normal.

El 31 de Agosto reconocí por última vez el tatuaje. La operación dejó unas pequeñas cicatrices, como de dos milímetros de diámetro, circulares y abultadas, brillantes y del color de la piel; el resto de ésta se reparó. Estas cicatrices borraron incompletamente la figura, y dejaron huellas muy marcadas.

Cinco años hace que el reo se tatuó, haciendo uso del humo de ocote con sebo y petróleo, frotando con esta pasta los puntos que las agujas habían dejado al penetrar, después de dibujada la figura en la piel. Cuarenta y cinco días hace que usé el procedimiento de Variot, y las huellas que dejó parecen indelebles.

*

El mismo día 8 y á la misma hora, procedí á borrar el tatuaje de Félix Carrillo, núm. 142. Éste manifestó que durante la operación y después de ella, había sentido poco dolor, siendo en su concepto más grande el que experimentó cuando le tatuaron el diablo que tiene. Los piquetes siguieron la misma evolución que queda referida en la observación anterior, y la curación fué la misma.

Día 9.—En este penado se observó lo mismo que en el anterior, al levantar la curación. Quité la epidermis que ya estaba completamente desprendida. Los puntos negros tenían el aspecto ya descrito; traté de desprenderlos, pero no fué posible.

Día 10.—La vesicación que se formó sigue su curso; los puntos presentan el mismo aspecto que el día anterior, y la parte de piel descubierta nada tiene de notable, si no es una ligera hinchazón, poco ó nada dolorosa.

Día 13.—Hoy examiné la superficie desnuda de la piel tatuada, y el aspecto que presenta es el siguiente: dermis de color rojo;

los puntos cauterizados tienen la misma apariencia que los días anteriores; pero las escaritas correspondientes á los puntos cauterizados, tienden á desprenderse. No hay inflamación de los tejidos cercanos, ni dolor fuerte.

Día 16.—En este tatuado aun no caen las pequeñas escaras producidas por la cauterización, y la esfacela es más manifiesta; la piel es un poco más rosada que en el anterior, y el dolor más fuerte.

Día 19.—Han caído las escaras en su mayor parte, y han dejado huecos más grandes que los descritos en la observación anterior, lo que prueba que la cauterización fué más profunda; la piel está menos congestionada y menos dolorosa.

El mismo día 31 de Agosto reconocí por última vez este tatuaje que traté de borrar. Las cicatrices están como queda descrito tratándose del penado anterior; son circulares, abultadas y del mismo diámetro, aunque aquí se juntaron algunas por la proximidad de los piquetes y quedaron alargadas y brillantes. La piel que separa las cicatrices quedó completamente reparada.

Parece que se ha borrado el tatuaje; pero lo remplazan las cicatrices de que hemos hecho mención, las que parecen indelebles, por haber alcanzado la escara que formó la cauterización, hasta la mucosa de Malpigi, y destruido todo el espesor de la dermis. Cuarenta y cinco días hace que se empleó el procedimiento.

Tres años hace que se tatuó el penado, y el procedimiento que usó fué el de dibujar primero la figura en la piel, y picar después con tres agujas juntas, empapadas en una tinta compuesta de vinagre y humo de ocote, la cual penetraba á la vez que las agujas.

El preso está descontento del procedimiento usado para borrar su tatuaje, tanto por lo que le hizo padecer, como porque deja huellas que revelan la existencia de su marca. Le insté para que se dejara borrar otra figura, y no aceptó.

En las mismas consideraciones entró el núm. 7.

*

El 9 de Julio empleé el mismo procedimiento de Variot, en el reo de homicidio Simón Guadalupe, núm. 245. Visto que en los anteriores la cauterización fué muy fuerte y extensa, procedí con alguna reserva; aquí me limité á cauterizar exclusivamente los

puntos impregnados por el tanino, esperé un momento, y apenas comenzaban á aparecer los puntos negros, sequé la parte para evitar el exceso de cáustico.

Día 10.—Examinado el tatuage de Simón Guadalupe, se vió que sus piquetes, aunque abultados, están cubiertos con la capa de tanato de plata que se formó. No hay dolor.

Día 12.—La superficie cauterizada tiene la misma apariencia, aunque está más abultada; picada con una aguja, salió de cada punto una gotita de pus. No hay signo de desprendimiento de la epidermis para que deje descubierta la superficie cauterizada y se pueda ver la evolución de los puntos cauterizados.

Día 13.—La superficie cauterizada conserva el mismo color negro; pero los puntos picados ayer, están deprimidos y como hendidos. Una auréola ligeramente inflamatoria, rodea la parte cauterizada, la cual está poco dolorosa. Aun no hay señales de desprenderse la escara.

Día 16.—Continúa en el mismo estado la parte cauterizada, pero está más dura y los puntos se deprimen un poco más. No hay señales de desprendimiento de la escara. El 31 de Agosto reconocí también á este preso. Como en los anteriores, no desapareció del todo el tatuage. En éste, el desprendimiento de las escaras dejó unas pequeñas cicatrices encima de la figura, las que no impiden que ésta se vea bien. Las cicatrices son tan superficiales, que con el tiempo desaparecerán y dejarán el tatuage en el mismo estado.

Once años hace que este preso se tatuó, y el procedimiento usado fué el mismo que en los anteriores.

*

El propio día 9 volví á tratar de borrar al preso núm. 55, Joaquín Huerta, reo de homicidio, el tatuage que el año de 1894 pretendí quitarle por el procedimiento ya indicado. Este preso tiene la piel un poco fina (raza mestiza), por lo que después de haberle picado y cauterizado, le hice un lavatorio con solución de cloruro de sodio, para quitar el exceso de nitrato de plata, y esperé que aparecieran los puntos negros.

Día 10.—El tatuage del mencionado preso tiene el mismo aspecto que el día anterior, con ligero abultamiento de la parte cauterizada, sin desprendimiento de la epidermis.

Día 12.—La parte cauterizada apareció más abultada que el día anterior y un poco blanda, por lo que creí que debajo de ella había pus, y piqué en varios puntos con una aguja; por cada piquete salió una pequeña gota de pus; lavé la parte y la dejé en tal estado hasta el día siguiente.

Día 13.—El mismo abultamiento en los puntos cauterizados, que están un poco duros y sin pus, excepto uno. Aun no tiende á desprenderse la escara.

Día 16.—El estado de la cauterización de este tatuado es más permanente que el del anterior. Los puntos todavía están muy abultados, con pus concreto en la superficie. La piel conserva el mismo estado que los otros días.

El 31 de Agosto reconocí por último á este tatuado. La figura no ha desaparecido, solamente está un poco confusa, de manera que no es posible reconocer lo que representa. No dejó cicatrices indelebiles, porque las agujas no penetraron en todo el espesor de la dermis. El preso cree que á esto se debió el mal éxito. Hace veinte años que se tatuó por el mismo procedimiento ya citado, con humo de ocote y aguardiente.

*

El día 23 de Julio procedí á borrar el tatuage de Francisco Jaime, núm. 276, con jugo de higo verde.

Deposité un poco del líquido lechoso en el brazo del individuo y comencé á picar con las agujas en los puntos que indicaban el tatuage; dejé un rato el líquido en contacto con las picaduras, y después lavé hasta que aparecieron unas pápulas correspondientes á los piquetes; todas estas pápulas estaban rodeadas de una auréola rojiza que indicaba una congestión local. Al día siguiente las pápulas habían desaparecido, y sólo quedaba el enrojecimiento: además, un poco dolorosa y algo inflamada la región.

Reconocido el preso á los pocos días, se vió que su tatuage había vuelto á su primer estado. Cuatro años hace que se tatuó.

*

En la misma fecha procedí á borrar el tatuage de Blas Carlos, núm. 335, con el mismo jugo de higuera. El procedimiento fué el

mismo, y los fenómenos enteramente iguales á los de la observación anterior, tanto los que siguieron á la operación como los observados al día siguiente.

Reconocido algunos días después el tatuage, observé que conservaba su claridad, como si nada se le hubiera hecho.

*

El día 4 de Septiembre del mismo año intenté de nuevo borrar este tatuage, que tanto empeño manifiesta el preso en hacer desaparecer, y en esta vez hice uso de leche fresca de mujer. El procedimiento de las agujas fué el mismo: puse un poco de líquido encima de la figura, y luego piqué; á pocos momentos se levantaron como de relieve las letras que habían sido picadas y se rodearon de una auréola algo roja y un poco dolorosa.

El día 6 del mismo mes ví al preso, y noté que su tatuage conservaba el mismo estado que antes de la operación. Todos los fenómenos subsecuentes de levantamiento de la piel y el dolor habían desaparecido, y los piquetes no dejaron huellas.

El preso insiste en que se use otro procedimiento más eficaz, pero lo aplacé para otro día. Seis años tiene su tatuage.

*

El día 4 de Septiembre propuse á Manuel Pérez, núm. 386, borrarle con leche de mujer su tatuage, que hace más de un año tiene. Se resistió al principio con pretexto de que le dolería mucho, pero le aseguré lo contrario, y aceptó. Piqué una parte de la figura bañada con el líquido mencionado, que estaba fresco; pasados algunos minutos comenzaron á levantarse los puntos picados, á enrojarse la piel y á doler mucho, según manifestó el paciente.

El día 6 del mismo mes revisé el estado del tatuage, y observé que no había cambiado, y que ni aun las agujas habían dejado huellas de haber atravesado la piel, que estaba lisa y de color normal, como si nada hubiera pasado en el período transcurrido de cuarenta y ocho horas.

Propuse al penado emplear otro procedimiento, y con esa resistencia pasiva, propia del que se cree impotente, pero que revela una voluntad inquebrantable para oponerse á las decisiones de otro,

guardó silencio absoluto. Le insté que me manifestara su voluntad, y no pude sacarlo del mutismo que empleó para contrariar mi resolución, y para no contraer responsabilidad con una oposición franca.

Desistí de mi propósito por no tener derecho á imponerle mi voluntad, y volvió el reo á su taller, satisfecho de que hubiera sido respetado el derecho que le concede la naturaleza.

Anteriormente, el 25 de Agosto de 1894, comencé mis experimentos y observaciones para comprobar la eficacia del procedimiento de Variot, en los núms. 227, 12, 85, 238 y 55, cuyos tatuages tenían, respectivamente, una antigüedad de 3, 9, 8, 11 y 16 años. En todos estos tatuados, los fenómenos observados después de la operación, fueron enteramente semejantes á los de arriba descritos, y como en ellos, los resultados fueron también negativos.

Después de cuatro años volví á ver el estado que guardaban los tatuages de los cinco presos marcados con los números arriba dichos, y ahora su aspecto y claridad son iguales á los que guardaban antes de la operación, excepto en el núm. 55, en quien dos veces empleé el procedimiento á que hago referencia, y en el cual la parte que traté de borrar está menos clara y menos legible el nombre sobre el cual procedí.

Debo hacer notar aquí, que el procedimiento que mejor resultado ha dado á los delincuentes para hacer desaparecer sus tatuages, aunque muy doloroso y grosero y que expone á grandes inflamaciones, es el de frotar fuertemente la parte tatuada con un pedazo de ladrillo, remojando con frecuencia la piel con agua, con objeto de ablandarla, y arrastrar la epidermis desprendida hasta llegar á la capa mucosa, sobre la cual continúa la acción del ladrillo, para que se desprendan las partículas de carbón que se habían alojado en ese tejido. Por ejemplo, el tatuage del núm. 55, que está grabado en la plancha II, fig. X bis, fué borrado por este método. La cabeza de la figura, que es sobre la cual recayó la acción del ladrillo, ha desaparecido completamente, y en la actualidad, el lugar que ocupó está perfectamente limpio, como si nunca hubieran penetrado en esa piel partículas de carbón (humo de ocote), que fué la substancia que empleó este individuo, suspendida en aguardiente, porque con este líquido se aviva más el color, según me dijo.

En conclusión: de los nueve tatuages tratados por el procedimiento de Variot, uno dió un resultado completo; otro dejó en su

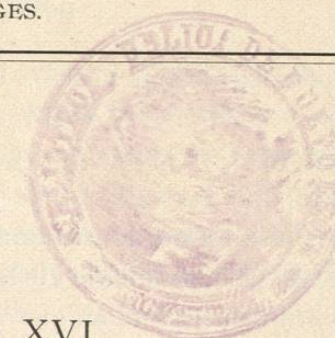
lugar cicatrices deformes é indelebles (*aunque no en parte visible*), pero que revelan la existencia anterior de un tatuage; y, en los siete restantes, el resultado fué negativo. Los procedimientos ordinarios con la leche fresca de mujer y el jugo reciente de higo verde, dieron también resultados negativos.

No obstante eso, el Dr. Marro dice á este respecto lo siguiente: «Para hacerlo desaparecer, emplean la leche de higo, ó también la leche ordinaria, en la cual mojan igualmente el alfiler, que repite la figura impresa con otros tantos nuevos puntos. Se logra así, en algunos casos, desvanecerlo, de modo que no deja más que la huella que indica el lugar del tatuage, como pude reconocerlo yo mismo en algún caso.»

Estos usos son también muy comunes entre nuestros presos, y su creencia es firme respecto al buen éxito que se obtiene. Un marinero, criminal, me dijo en tono de satisfacción: «yo puedo quitarme esto cuando quiera, con un secreto que tengo.» Preguntado por mí cuál era ese secreto, excusaba decírmelo, pero al fin conseguí que lo revelara, y me dijo con aire misterioso: «*con leche de pecho de mujer.*» Pero el resultado práctico es que yo, no obstante mi empeño, no he conseguido ningún buen éxito que corone mis trabajos.

Sé que hay otros procedimientos, como el de la aplicación de un vejigatorio sobre el tatuage; el levantamiento de la epidermis y la raspa de la dermis, para extraer de este tejido las partículas carbonosas; el que usan los kábilas cuando sus hijas se van á casar, que consiste en aplicar sobre la parte tatuada una mezcla de cal viva y de jabón negro;¹ y otros de menos importancia. Pero ni he tenido tiempo de experimentarlos, ni nuestros presidiarios se prestan á esta clase de experiencias, muchos por el deseo de conservar sus tatuages, y la mayor parte temerosos del dolor que suponen ha de ocasionarles la operación.

¹ A. Lacassagne. Los «Tatuages», pág. 8.



CAPITULO XVI

Tatuage en la mujer criminal, en la prostituta y en los locos.

EN todas partes y en todas las épocas se ha visto que la mujer se tatúa menos que el hombre. Raro contraste entre las sociedades civilizadas y las salvajes: en éstas, la mujer cede al hombre su propensión natural á la coquetería, y se contenta con las gracias y atractivos que le dió la naturaleza. El hombre salvaje, con respecto al adorno, todo lo tomó para sí; parece que el egoísmo lo heredó del bruto, á quien la naturaleza le concedió mayores galas: plumas de bellos colores en los machos, si son aves; más gallardía y esbeltez en las formas, si son cuadrúpedos. En aquellas, al contrario, la mujer no satisfecha con los encantos selectivos que la naturaleza puso á su disposición, para domeñar al hombre se vale del artificio, y á su belleza natural agrega las portentosas invenciones del arte para seducirlo.

En los pueblos civilizados, en donde á pesar de la lucha ventajosa de la inteligencia, no se ha logrado desterrar al salvaje; allí donde existe, vuelve á verse el fenómeno de que la mujer, en su estado primitivo, se tatúa menos que el hombre.

Si visitamos una cárcel de mujeres y otra de hombres, en donde el delito y todo género de malas costumbres se reflejan en los semblantes de las unas y de los otros, y los sujetamos á un escrupuloso examen, el hallazgo de tatuages en la mujer delincuente estará en una proporción muy inferior á la del hombre.

El testimonio de Lombroso y de tantos antropologistas euro-